



AMURAO

Las princesas no lloran

FRAN BARRERO

AMURAO
Las princesas no lloran

—

FRAN BARRERO

Primera edición: Julio de 2019

© Fran Barrero

AVISO LEGAL: Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diseño y fotografía de la portada: Fran Barrero

Modelo: Diana Torres; **Maquillaje:** Elena García

Correcciones: Ramón Portalés

Depósito Legal: M-21.991-2016

ISBN:

Biografía

Nacido en Huelva (España) en 1976, Fran Barrero es un autor independiente que inicia su carrera literaria en 2008 con su primer libro didáctico sobre fotografía. Tras doce manuales publicados sobre esa especialidad, emprende el desafío de probar suerte en la narrativa de ficción con su primera novela *Alfil*, primera entrega de la *Trilogía de Alfil*. En la actualidad ha publicado también:

Alfil Blanco y Alfil Rojo

Anatomía de un suicidio

Bloody Mary y Bloody Mary 2

Wanda y el robo del cristal

El otro lado del retrato

El corazón del último ángel

Herencia de Cenizas

Lluvia de Otoño

Amurao: El purgatorio de los niños perdidos

Amurao: Monstruos en la oscuridad

Amurao: La soberbia de los nonatos

www.franbarrero.es

facebook: [turincondelecturablog](https://www.facebook.com/turincondelecturablog)

twitter: [VenusFranB](https://twitter.com/VenusFranB)

instagram: [franbarrero_escritor](https://www.instagram.com/franbarrero_escritor)

Para Eva Tintero

PRÓLOGO

Si hubiese despertado dentro del maletero del coche, habría sabido a qué atenerse; no era tan estúpida. En cambio, estar cómodamente sentada en el asiento del acompañante, recibiendo cálidos susurros al oído mientras dejaban atrás la ciudad, hacía que albergase la esperanza de estar equivocada, de que todo aquello no fuese más que un juego. «A los clientes les gusta jugar, algunos desean sentirse poderosos ante nosotras de vez en cuando», pensaba María.

La oscuridad lo invadió todo cuando dejaron atrás la entrada a la refinería. Para entonces, los haces de luz de los faros intentaban con dificultad seguir el rastro de la carretera; y, mientras tanto, a María y a su cliente solo les quedó jugar a adivinar el semblante que cada uno portaba. Ella sabía que ese era un juego que iba a perder de una forma tan rápida como la carretera había dado paso, de improviso, a un sendero de tierra que conducía a la playa.

Una luna tímida se ocultaba tras los matorrales esa noche de enero. La chica podía observar el mar a unos doscientos metros más allá del coche. Abrió la puerta y sintió la brisa helada, a la vez que el sonido de las olas rompiendo contra la orilla llegaba tan nítido como lo habían hecho el frío y la humedad. Al bajarse y pisar la arena con los zapatos de tacón, se sorprendió ante el castañeteo que emitían sus dientes temblorosos, mientras se frotaba el pecho en un fuerte abrazo por recuperar el calor que se escapaba de su cuerpo a la vez que lo hacían las esperanzas de salir con vida del lugar. La presión de los fuertes brazos del chico alrededor de su cintura era más que eficaz, ayudándola

a caminar con paso firme sobre la duna sin siquiera sentir la arena helada en la que se hundían sus tacones.

María había permanecido tan asustada durante el viaje que no sabría decir dónde se encontraba, había muchas playas en la provincia y eran casi todas iguales; además, esa noche oscura no se adivinaba más que arena y agua. ¿Hacía donde la llevaba aquel enfermo? Tal vez hubiese alguna posibilidad de salir con vida si la zona contaba con casas habitadas. Si alguien pudiera verla u oír sus gritos... Claro que no se arriesgaría a gritar para evitar un castigo fatal o acelerar el que ya tuviese pensado para ella. Dudaba que quisiera violarla, ya que podría hacer lo que deseara con ella a cambio de unos pocos euros, ese era su oficio. Solo quedaba una opción, y no era tan estúpida como para no comprenderla: quería matarla.

¿Cuánto habían andado? ¿Dónde quedaba el coche? ¿Por qué caminar tanto? ¿Seguía hablando su captor? Sus susurros melosos y cautivadores parecían haber cesado justo en el momento en que se bajaron del coche, ya demasiado tarde y lejos del mundo como para pedir ayuda. Ese intento bastante convincente de casanova se había convertido en un despiadado verdugo que, a base de malos modos, empujaba su maltrecho y cansado cuerpo a través de un mar de arena e incertidumbre hacia un destino nada esperanzador.

—¿Por qué? ¿Por qué haces esto?

—He dicho que te calles. ¡Camina!

—Estoy cansada y me he pinchado los pies, no puedo dar un paso más.

—¡Vamos, joder! —Apretó su brazo lo suficiente como para hacerla chillar y ella aceleró el paso. El miedo y el dolor dieron paso a un llanto desesperado. Él la observaba como hipnotizado, aquello parecía excitarlo.

Una extraña forma apareció lentamente entre los matorrales, se trataba de un enorme edificio de hormigón que se alzaba ante ellos tras las dunas y la baja vegetación; era

grande y tenía algunas ventanas iluminadas, pero aún estaba demasiado lejos y el sonido del mar reduciría las opciones de que pudieran oírlo si comenzaba a correr y gritar. ¿Cómo de rápido actuaría su secuestrador? ¿Le daría tiempo a llegar corriendo al edificio antes que él? ¿Recibiría ayuda a tiempo de los que habitasen la casa? Veía difícil apostar por ello cuando era su vida lo que ponía en juego.

¿Allí se terminaría todo para ella? Tantos sueños, tantas esperanzas de salir del agujero y volver a encarrilar su vida, de buscar un futuro mejor, incluso formar una familia...

Entonces comprendió que había abandonado, que no daba un céntimo por sus posibilidades de salir con vida de esa situación. Que ya estaba cansada de tanto luchar contra un destino que se había buscado ella sola. El asesino había vencido antes incluso de asestarle el golpe final, había doblegado sus ansias de supervivencia con unos trucos de mago barato: miradas dulces, susurros cálidos y luego toda la agresividad que necesitó para controlar su cuerpo, y con ello su voluntad, por entre las dunas en mitad de la noche.

Pero, ¿qué se había creído? ¿Dónde estaba realmente su poder? No podría doblegarla... No se dejaría intimidar por unos minutos de susurros y gritos, por unos golpes y caricias, por señalarle el camino que dictaban sus deseos. Se acabó eso de agachar la cabeza ante todos, se acabó eso de sentirse como si una no valiese una mierda, se acabó eso de claudicar ante quien se erigía en dueño y señor de la vida y destino de los demás. Se acabó...

Se acabó.

María pensó en la hija que siempre quiso tener, la habría llamado Valeria, tendría una sonrisa despreocupada y unos ojos tan inquisitivos y brillantes como los de ella. Habría sido una buena madre, se habría preocupado por ella, por su cuidado, educación y protección, hasta ver que se convertiría en una mujer de provecho... lo que no había sabido lo-

grar para sí... Debía sacar fuerzas de donde fuese para lograr escapar, para tener ese futuro idílico.

Además del sonido del mar, se oían sus pasos al caminar con tanta intensidad como si fuese una prensa que estuviera a punto de triturarla, unas fauces decididas a acabar con todas sus esperanzas de un solo mordisco. El siseo de la arena, unido al silbido de la brisa al pasar entre las ramas de los matorrales, casi lograban hacerle creer que podría tener una oportunidad; pero a su lado oía un jadeo que no podría ser humano, un aliento demoníaco anunciando que le daría caza antes de que ella gritase pidiendo ayuda.

Su captor dio un traspies y aflojó la presión sobre su brazo, momento que aprovechó para correr con todas sus fuerzas, con energías que no nacían de sus músculos cansados, sino del miedo por abandonarse antes de gastar el último aliento, del pavor que nacía ante la idea de no estar haciendo todo lo posible. Valeria, solo había ese nombre en su mente. Valeria. Saldría de allí, saldría de esa vida de mierda y tendría la hija con la que tanto tiempo llevaba soñando.

Valeria...

Sintió la completa rendición de su cuerpo ante la llegada del depredador y supo que todo había acabado. Quedaban más de quinientos metros para llegar a su destino, donde aún no se veían más señales de vida que algunas luces en determinadas ventanas; demasiado tarde. Él había sido mucho más rápido de lo esperado y la derribó con violencia.

La boca se le llenó de fría arena al tratar de respirar con la cara presionada contra el suelo. Tenía los ojos cerrados para soportar mejor el dolor, pero eso no evitaba que sintiese sus manos apretándole la cabeza mientras el mar embravecido castigaba la costa a su izquierda.

No trató de defenderse ni de suplicar por su vida, era tarde ya para ella, más aún cuando había desobedecido al hombre que susurraba. Y eso lo comprendió del todo cuan-

do se acabaron los susurros y llegó el dolor que había tratado de evitar, del que había huido, el dolor extremo de quien espera sea rápido el tránsito hacia otra dimensión, otro estado. En vano.

María afrontó su muerte tras pelear todo lo que sus fuerzas se lo permitieron, y la sonrisa de una pequeña niña en su imaginación fue lo último que pudo ver al fondo de los horrores que soportó hasta perder la consciencia.

Valeria.

Capítulo 1

2008

—¿Qué espera obtener de nosotros?

—Bueno, no sabría qué decirle. Supongo que un salario digno, acorde al horario y el trabajo, y un trato respetuoso.

—Ya, claro. —Parecía contener una sonrisa burlona—. Eso es lo mínimo que pide todo el mundo. Pensaba que quizás usted podría ahondar más y darme una idea de sus metas en la vida.

Al otro lado de la única ventana del diminuto despacho se apreciaba un cielo ceniciento. El día no era mucho mejor que los anteriores, tampoco lo sería la noche. Ana Díaz se conformaba con que no lloviese, soportar la lluvia era de las peores cosas en su trabajo actual. Ni siquiera el frío o los imbéciles que se acercaban a su *oficina* algunas noches para insultarla podían horadar sus esperanzas de una vida mejor tanto como lo hacía un buen aguacero del que no podría, al igual que sus colegas de profesión, guarecerse.

—Pensé que, tratándose de un trabajo de baja cualificación, no tendría más que limpiar, fregar... ya sabe, a cambio del salario que pone en el anuncio. —Ana trataba de ser cordial, evitando fijarse en la forma en que la miraba el entrevistador.

Antonio Cañete, como rezaba en la deslucida placa sobre su mesa, vestía un traje de saldo que le quedaba bastante pequeño y adornado con dos manchas de grasa en las solapas, lucía barba de dos días, ojos vidriosos y facciones laxas producidas por la ingesta masiva de alcohol, a pesar de no ser aún las diez de la mañana. En ese momento la observaba como si fuese un pastelito jugoso. Ana estaba más que acostumbrada a ese gesto; a ese tipo de hombres;

a esa sensación de generar deseo; rápido, fácil y barato; que era como el sexo que solía venir después. Siempre que ella aceptase, claro.

—Creo que no hablamos el mismo idioma. Verás... — Antonio buscó entre los papeles que tenía desordenados sobre la mesa— Ana, te llamas Ana Díaz, ¿verdad?

—Sí, igual que hace unos minutos.

—Bien. Pareces una chica lista —le dijo a su escote—. ¿Qué crees que puede la empresa... qué puedo hacer yo por mejorar tu situación? Y, claro está, ¿qué estás dispuesta a hacer tú para pagar tan generosa ayuda?

La baba le asomaba por la comisura de los labios. Ana apartó la mirada para disimular el asco y vio el reloj de la pared de la derecha, era blanco, redondo y con números romanos, pero el cuatro estaba marcado como IIII en lugar de IV, seguro que comprado en un bazar de chinos, un detalle más que representativo de lo que encontraría en la empresa. En ese momento marcaba las nueve y cuarenta y dos de la mañana; estaba atrasado. La luz de uno de los neones del techo parpadeaba pidiendo que la cambiasen de una vez. La silla de plástico sobre la que se sentaba era dura e incómoda. El sueño... el sueño era lo peor. Había madrugado para encontrarse con la misma mierda de cada entrevista. O quizás había batido su récord, aquella entrevista superaba con creces a todas las anteriores.

—Sí, soy una chica lista —dijo tras lanzar un hondo suspiro—. Lo suficiente como para comprender que quieres un polvo ahora, otro cuando firmemos mi contrato, si es que me eliges a mí entre la cantidad de gilipollas que hayan pasado tu prueba. Luego me quedará un sueldo miserable por fregar y limpiar empresas y portales durante diez horas y seis días a la semana, pero con la suerte de poder follar contigo de forma periódica; eso sin duda será un plus, al menos desde tu punto de vista, ¿verdad?

El baboso grasiento la observaba atónito.

—¿Es ahora cuando tengo que arrodillarme para aliviar la presión de tu pantalón? —añadió—. Es lo que llevas pensando desde que he entrado, ¿verdad? ¿Te gustan las niñas ingenuas que agradecen tus atenciones con un trabajito rápido?

La boca del patético entrevistador se había abierto tanto que dejaba ver las caries y un repugnante sarro amarillento.

—Pues vamos a hacerlo rápido, como una extracción de muelas. Verás, figura, una cosa es que yo quiera cambiar de vida, que desee salir de la calle, y otra muy distinta que esté dispuesta a trabajar en un sitio mucho peor por menos dinero y soportando la misma mierda. Así que tendrás que pagar treinta por la mamada y sesenta por el completo. ¿Estamos?

—Estooo... No sabía que...

—Cierra la boca, harías vomitar a una cabra con ese olor que desprende. Y no te hagas ilusiones, era una forma de hablar, imbécil. Ni pagándome follaría contigo.

Ana ya se había levantado de la silla y casi terminaba de colocarse el abrigo. Salió de la empresa de limpieza sin despedirse y con una sensación nefasta sobre su futuro. Claro que no sería peor que el de las pobres chicas que observó en la sala de espera y entre las jóvenes administrativas que trabajaban en el despacho contiguo y la recepción a las órdenes de semejante energúmeno.

Se sentó en el banco de la parada del autobús, estaba vacío, así que el anterior debía de haber pasado hacía poco tiempo y le quedaría más de un cuarto de hora de espera para el siguiente. Serían tres paradas, un transbordo, dos paradas más y llegaría a su casa. Podría comer algo ligero al llegar y luego dormir hasta las siete de la tarde, justo para ducharse, maquillarse y elegir la ropa que llevaría esa noche.

Un coche pasó muy cerca y pisó un charco, por suerte el agua no llegó a salpicarla, pero hizo que dudase si era me-

jor esperar algo más lejos de la calzada.

Hacía frío, sin embargo, esa era una sensación que ella no acuciaba. Tras más de dos años trabajando de noche en la calle, la humedad y el frío del invierno en Huelva se habían convertido en azotes de la vida que ya no dolían, al menos no tanto como lo hacían la indiferencia de la sociedad, el trato de los clientes, las peleas con las compañeras, las náuseas de algunos servicios, el maltrato de los proxenetas de la zona o la mirada indulgente de quienes creían que te salvarían la vida por darte unas monedas o tratar de conseguirte lo que ellos consideraban un trabajo digno.

Su vecina Mercedes le había pasado una semana antes el teléfono de una empresa que buscaba a menudo limpiadoras para portales y oficinas de la ciudad. Lo había hecho con la mejor intención del mundo, a Ana no le cabía duda, eso podía verlo en su cara de lástima cuando se la cruzaba algunas mañanas al regresar de una noche dura en el paseo de La Marisma. Mercedes había oído la oferta de una posibilidad de triunfo, de éxito, de salida para una pobre chica pecadora y sumida en la mala suerte. Pero Mercedes no contempló la posibilidad de que aquello no fuese más que una cortina de humo, una trampa, como había miles, para hundir aún más en el fango de la desesperación a las pobres ingenuas que mordían el anzuelo.

Ana observó sus zapatos, impecables para la entrevista, los había limpiado ella misma esa noche, privándose de dormir. Era la octava vez ese mes, quizá la novena, que trataba de buscar una salida a la calle, una vía nueva que la condujese hacia un destino diferente al que la esperaba si seguía vendiendo su cuerpo cada noche entre las farolas de aquella oscura avenida. ¿Podría dejar aquel mundo atrás? Lo haría siempre que la nueva alternativa fuese más atractiva o beneficiosa para ella que su actual empleo. Y ese baboso repugnante que la había entrevistado, con sus claras intenciones, no suponía ningún paso adelante en su situación.

Ya había media docena de personas bajo la marquesina cuando el autobús apareció, cada uno dedicado a sus asuntos: escuchar música con auriculares, mirar el móvil, leer un libro o charlar de cualquier banalidad con un conocido. Así era el día a día para Ana, siendo invisible para todos, salvo para quienes la observaban porque ansiaban poseerla unos minutos a cambio de unos euros, de palabras amables o de promesas vacías.